

La educación indígena: La realidad hoy, el futuro posible

Nos invita a desmontar el racismo en cualquier espacio educativo: la escuela, el hogar, el barrio, los medios de comunicación, y advierte que el racismo se introduce en las leyes, en las estructuras y en cómo operan las instituciones. Sostiene que la educación intercultural podría contribuir a combatir estas leyes y cambiar las estructuras, pues las personas formadas con un enfoque intercultural rechazarían el racismo.

SYLVIA SCHMELKES

*Investigaciones para el Desarrollo de la Educación,
Universidad Iberoamericana de México*

En el continente americano los indígenas siguen siendo discriminados, explotados y dominados, a pesar de que en los últimos años la gran mayoría de nuestros países se reconocen como pluriculturales y todos ellos han firmado la Declaración Universal de Derechos Humanos que responsabiliza a los estados de ase-

gurar que todas las personas sean tratadas con respeto en obediencia a su dignidad, y de que ha habido notables avances en materia de legislación relacionada con pueblos indígenas.

Hace poco, indígenas de la Amazonía peruana fueron reprimidos por defender recursos naturales ubicados en sus tierras, y unos días atrás las personas que habían sido consignadas como autores materiales de la masacre de Acteal fueron liberadas. Éstos son solo dos de los muchos casos de atropellos perpetrados por los gobiernos y las personas jurídicas (empresas) contra los indígenas. La mayor parte de los indígenas del continente viven bajo la línea de pobreza; son quienes menos acceso tienen a los servicios básicos y a los sociales, incluida la educación.

Las causas de estas sinrazones, absurdas ya en nuestros tiempos, incomprensibles para quienes estamos convencidos de la igualdad fundamental de los seres humanos, de la enorme riqueza de las culturas indígenas y del valor de la diversidad, son sumamente profundas, y llevan con nosotros más de cinco siglos.

A lo largo de estos años, en nuestros países se está gestando un imaginario social que asocia pobreza económica con pobreza cultural. No se concibe que una persona pueda ser pobre económicamente y rica culturalmente, a pesar de que esta riqueza está a flor de piel —en las lenguas, en el arte indígena, en su convivir respetuoso—, y, desde luego, en la profundidad de sus cosmovisiones —su relación con la naturaleza, su concepción de la democracia, la administración de su justicia, y tantas otras cosas que son objeto de admiración y aprendizaje de parte de una minoría de nuestras poblaciones—. Esta asociación imaginaria ha convenido a nuestros estados,



porque en nuestros países se culpa a los “ignorantes” por su pobreza. Hay ventajas en mantener pobres a los indígenas, y, por lo mismo, explotables. El imaginario permite que haya una justificación para ello. Es la causa profunda del racismo.

Ante esta lacerante realidad, una solución —de largo plazo— que se vislumbra es educativa. Solo la educación es capaz de desmontar el racismo de fondo, de raíz. Pero debe proponérselo. La educación intercultural pretende dar respuesta a este propósito, que se propone a la vez contribuir a la construcción de sociedades más justas.

La educación intercultural entiende que tiene tareas distintas por el hecho de trabajar con población indígena y con población no indígena.

La educación de la población indígena ha sido tradicionalmente homogeneizante. Fortalece el racismo, porque los indígenas que pasan por ella acaban convenciéndose de que su lengua y su cultura son de segunda, y que conviene abandonarlas para abrazar la cultura dominante. El “racismo introyectado” que es producto, entre otras cosas, de la educación homogeneizante y denigrante de su cultura y de su lengua.

Aquella destinada a pueblos indígenas tiene que contar con su participación —demanda antigua de estos pueblos, consagrada al fin como derecho en la Declaración de los Derechos de los Pueblos Indígenas—. Sus sabios e intelectuales han de participar activamente en la definición de una educación que fortalezca su lengua y enseñe a escribirla,¹ que transmita y fortalezca su cultura y su cosmovisión, y, sobre todo, que despierte el orgullo de la pertenencia. La educación indígena ha de respetar sus propias formas de aprender, que son distintas de las occidentales y que, en general, responden poco a la transmisión oral y prefieren la observación, la imitación, la experiencia directa. A partir de la identidad fortalecida, es posible entablar el diálogo con las demás culturas del mundo, y aprender de ellas —la educación verdaderamente intercultural, pero desde la fortaleza

¹ Las lenguas indígenas son casi todas lenguas orales, si bien originalmente algunas de ellas, como el maya, el quechua, el náhuatl, el zapoteco, se escribían con sistemas de escritura propios. No es casual que sean éstas, ahora, las lenguas más fuertes de nuestro continente. La escritura de una lengua la fortalece, porque, entre otras cosas, permite guardar la memoria de su historia y su cultura; porque la ubica en espacios públicos y permite que la cultura se dé a conocer hacia fuera, y porque la escritura contiene la dispersión y dialectalización que después impide la comunicación entre grupos de la misma etnia.

de lo propio—. Aquí, en diálogo intercultural con quienes manejan las otras culturas, han de trabajar sabios e intelectuales indígenas para incorporar también estos contenidos y otras formas de aprender. Es necesario reconocer que ninguno de nuestros países ha logrado esto cabalmente, aunque hay intentos iniciales interesantes en Bolivia —apoyados por el Estado—, en México y en el Perú, a partir de los propios pueblos indígenas. Pero esta orientación tiene el potencial de convertirse en una política educativa de enorme potencial para sistematizar el conocimiento indígena, su autovaloración y, posteriormente, su valoración por otros. No es casual que, debido a la conveniencia de mantener a los pueblos indígenas dominados, esta estrategia educativa para la diversidad haya avanzado tan poco.

Pero la educación intercultural no puede terminar ahí. Esto es esencial, y cualquier trabajo educativo hacia la interculturalidad que no comience por aquí está condenado a la falta de credibilidad y se deslegitimará. Sin embargo, importa también trabajar con la población que pertenece a la cultura dominante. De otra forma, si no se combate en su seno el racismo, éste persistirá.

Educar interculturalmente a toda la población es el propósito de la educación intercultural. Si no se hace así, no merece tal nombre. La propuesta de educación intercultural para la población dominante que hemos sugerido para México supone tres pasos por trabajar cíclicamente, hasta lograr dos saltos epistemológicos fundamentales que hipotéticamente significarán, sobre todo el segundo, la superación del racismo.

El primer paso es el conocimiento de nuestra diversidad. Es interesante analizar cómo los currículos destinados a la población toda la han ocultado, con lo que se ha privado a la población de conocerla. Es más fácil que nuestros programas educativos reflejen la diversidad cultural de Europa que la de nuestros propios países. Es mucho más probable encontrar desarrollada la historia universal —desde Mesopotamia y los fenicios— que la historia —o, mejor dicho, las historias— de nuestros propios pueblos indígenas.

¿Cómo podemos respetar lo que no conocemos? No es posible. Por eso, el primer paso es ese conocien-

to de nuestra diversidad, no para que los alumnos se la aprendan de memoria y puedan recitar cuántos grupos indígenas hay, qué lenguas hablan, dónde están... No es ése el propósito. El propósito es que se despierte en ellos la capacidad de asombro a raíz de la riqueza de estas culturas y las ganas de saber más sobre ellos. No puede haber una asignatura de "culturas indígenas". El conocimiento indígena, su producción artística, sus valores, su cosmovisión, deben atravesar el currículo nacional de todos los niveles educativos.

El respeto al otro, y de manera muy importante al otro diferente, implica necesariamente una formación en valores. La sociedad reclama que la escuela se haga cargo de la formación valoral de sus alumnos.

¿Quién diseña estos contenidos? Existe en la mayoría de nuestros países una literatura etnográfica muy rica. Ésa es, sin duda, una fuente importante. Pero la más significativa es la de los propios pueblos indígenas. También han planteado como demanda que el resto de la sociedad conozca sus culturas —y

ojalá, también, sus lenguas—. Pero son ellos quienes deben definir qué de su cultura quisieran que todos conocieran. En México hicimos la experiencia de consultar a 51 pueblos indígenas, en foros de dos días de duración, sobre este particular, con esa pregunta como generadora: ¿Qué de su cultura quisieran que todos los mexicanos conocieran? Y si bien al principio es difícil hacer emerger lo propio, porque no está objetivado, con procedimientos didácticos grupales, a partir de la tarde del primer día es notable la riqueza que emana de sus discusiones. Eso alimenta en primera instancia, si bien superficialmente todavía, la posibilidad de trabajar el conocimiento de la diversidad. Hicimos además la experiencia de trabajar con niños indígenas, en sus propias comunidades, en la elaboración participativa de un guión para un documental de una serie que se denominó "Ventana a Mi Comunidad":² los niños indígenas les cuentan a los que no son de su comunidad lo que ellos quieren mostrar de ella, lo que los enorgullece. Cuatro videos de esta serie pudieron colocarse en las 100 000 escuelas primarias mexicanas. El resto es transmitido con alguna frecuencia por la televisión cultural del centro del país.

² Berruecos, J. y S. Quetzalli; 2006; *Ventana a Mi Comunidad*. México: Videoservicios Profesionales, S.C. Serie de 56 videos sobre 35 pueblos indígenas de México.



En muchas ocasiones, el solo conocer despierta el respeto por el otro diferente. Sin embargo, este paso no es automático y hay que trabajar explícitamente el respeto. Como bien sabemos, el respeto al otro, y de manera muy importante al otro diferente, implica necesariamente una formación en valores. La sociedad reclama que la escuela se haga cargo de la formación valoral de sus alumnos, y en muchos sistemas educativos se está asumiendo esta responsabilidad. Una formación en valores sistemática, que respete los procesos evolutivos de los alumnos y que, sobre todo, esté orientada a que cada alumno desarrolle su propia estructura valoral en la que definirá principios que le servirán en el juicio sobre sus propios actos y los de los demás, es cada vez más necesaria. Se sabe que una formación respetuosa de la autonomía del ser humano para forjar su propio esquema valoral, pero a la vez responsable de darle a conocer los valores que se encuentran detrás de la Declaración Universal de Derechos Humanos y de muchas de las garantías individuales y culturales consignadas en nuestras constituciones y en nuestras leyes, produce como consecuencia la definición del respeto a la dignidad de toda persona como uno de los principios fundamentales asumidos con libertad por los alumnos. Éste es el segundo

paso y el primer salto epistemológico: del conocimiento al respeto. El respeto es un opuesto, ya muy profundo, del racismo.

El tercer paso es el logro del aprecio por el otro diferente. Es un paso más allá del respeto, porque supone un acercamiento no solo racional sino también emocional. El aprecio se logra cuando hay múltiples oportunidades, en la escuela, de vivir la experiencia de aprender de —y por tanto de ser enriquecido por— otros diferentes. De hecho, la diversidad se encuentra a la base de la pedagogía. Aprendemos unos de otros precisamente porque todos somos diferentes. El alumno aprende del maestro porque difieren en experiencia. Cuando aprendemos de otro diferente —y esto es también una hipótesis que habrá que constatar— transferimos nuestro aprecio por haber sido enriquecidos a todos aquellos que comparten esa diferencia. He ahí el segundo salto epistemológico: del respeto al aprecio. El aprecio desmonta en definitiva el racismo. Un sacerdote jesuita que trabaja desde hace 40 años en la Sierra Tarahumara y que ha vivido con los *rarámuris* en experiencias prolongadas (de 10 años) de inserción, asegura que la verdadera interculturalidad se da cuando la relación con el otro es de amistad: horizontalidad y afecto.

Lo que he señalado sobre la estrategia educativa para desmontar el racismo es una hipótesis que no ha sido sometida a verificación. Este pequeño artículo es una invitación para hacerlo, en cualquier espacio educativo: en la escuela, con adultos, a través de la educación informal de los medios de comunicación. Nuestra experiencia ha sido hasta hoy alentadora, y no hay elementos que faldeen esta hipótesis.

El racismo se incrusta en nuestras leyes, en las estructuras de nuestras instituciones, en la forma cómo éstas operan en lo cotidiano, en las relaciones humanas que ellas favorecen. La educación intercultural ha de llegar a que estas leyes se combatan, a que estas estructuras se transformen, a que la profunda conversión valoral de los seres humanos que se han formado con un enfoque intercultural los conduzca a rechazar el racismo incrustado, estructural, que es el verdadero culpable de la gran injusticia que sigue existiendo en todos nuestros países hacia los pueblos indígenas. Hay que comenzar por nuestras propias estructuras educativas.

La educación intercultural es *una* vía, no la única. Hay muchas luchas por dar para combatir el racismo y construir sociedades más justas. Sus efectos son a largo plazo, pero los educadores sabemos que son profundos. **📌**